

hablar

ANÁLISIS
de la
CONVERSACIÓN

AMPARO TUSÓN VALLS

lingüística

lenguaje

palabra

estrategias

Ariel
LETRAS

Índice

- Portada
- Dedicatoria
- Nota a la edición en lengua española
- Agradecimientos
- 0. Introducción
- Capítulo 1. «Habla como un libro» / «escribe como habla». ¿es eso posible?
- Capítulo 2. Cuando conversamos, no todo lo que decimos es lo que parece
- Capítulo 3. ¿Qué quiere decir «conversar»?
- Capítulo 4. El edificio de la conversación
- Capítulo 5. La conversación espontánea y otros tipos de interacción verbal
- Capítulo 6. Todos conversamos, pero... ¿lo hacemos del mismo modo?
- Capítulo 7. Registro de datos y metodología de análisis
- Capítulo 8. Perspectivas de futuro
- Referencias
- Bibliografía comentada
- Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A mi madre, Ascensión Valls, que me ha enseñado a reír
con las palabras y a respetar los silencios.*

NOTA A LA EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

Dos años después de su publicación en lengua catalana, ve la luz este texto en español. Durante ese tiempo, se ha avanzado mucho en el estudio sobre las interacciones orales y, en concreto, sobre esa actividad tan específicamente humana que llamamos conversación. Al plantearme la necesaria revisión de las páginas que siguen decidí, no sin dificultad, retocar lo mínimo posible para que la obra no perdiera su carácter de introducción con afán divulgador. He de agradecer desde aquí a todas las personas (especialmente profesores y estudiantes) que me han hecho llegar comentarios llenos de ánimos sobre la utilidad que encontraban en la primera versión del libro. Ése ha sido uno de los motivos por el que me he decidido a publicarlo revisado en español: la esperanza de que pueda servir de ayuda a aquellas personas que se interesan por el apasionante mundo de los usos lingüísticos.

Barcelona, febrero de 1997

AGRADECIMIENTOS

Empecé la redacción de este libro en Berkeley (California), donde me encontraba como investigadora asociada en el departamento de Antropología gracias a una ayuda que me concedió la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (n.º BE91-233). Quiero agradecer las facilidades que me ofreció ese departamento y que me permitieron tener la calma y los medios bibliográficos tan necesarios cuando se empieza a escribir.

A mis compañeros y amigos Helena Calsamiglia, Maite Larrauri, Carlos Lomas, Luci Nussbaum, Lluís Payrató y Jesús Tusón he de agradecerles los comentarios y sugerencias que me han hecho tras la lectura de una primera versión.

En Berkeley, tuve de nuevo ocasión de estar en contacto con John J. Gumperz, quien leyó las primeras páginas de este libro y, como siempre, me animó a seguir adelante. Quiero manifestarle, desde aquí, mi agradecimiento por sus enseñanzas y su generosidad.

0. INTRODUCCIÓN

La conversación es una de las actividades más típicamente humanas. Es la forma primera y primaria en que se manifiesta, en que existe el lenguaje y hemos de entenderla, además, como una práctica social a través de la cual se expresan y se hacen posibles otras prácticas. A través de las conversaciones, nos comportamos como seres sociales: nos relacionamos con las demás personas conversando, tratamos de conseguir nuestros propósitos conversando, rompemos nuestras relaciones conversando o dejando de conversar. Incluso cuando pensamos, en solitario, lo hacemos, casi siempre, en forma de diálogo. Como dice Reyes (1990: 14), «somos lo que hablamos y nos hablan y también lo que nos hablamos a nosotros mismos. Somos prisioneros libres, creadores creados, dueños esclavizados de nuestra capacidad lingüística».

La conversación forma parte de nuestra vida cotidiana de una manera esencial. Esto es algo que sabe muy bien quien ha tenido que pasar días sin conversar, por ejemplo, por estar de viaje en el extranjero sin conocer a nadie y desconociendo la lengua del país. Basta con pensar que el castigo máximo en una cárcel consiste en la *incomunicación*. Mientras podemos conversar, mantenemos el contacto con el mundo; el silencio prolongado es un castigo, un síntoma de «locura»... o una forma de entrega y renuncia considerada excelsa y superior, como sucede en determinadas órdenes religiosas.

En este caso, como en muchos otros, resulta interesante recurrir a la etimología y al diccionario. El término *conversar* procede del latín *conversari*, 'convivir', término for-

mado por *cum*, 'con', y *versare*, 'dar vuelta'. El *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia nos ofrece las siguientes definiciones de la voz *conversar*. «Hablar una o varias personas con una u otras. // Vivir, habitar en compañía de otros. // Tratar, comunicar y tener amistad unas personas con otras.» Podemos apreciar, pues, que incluso desde un punto de vista lexicológico *conversar* se refiere a las relaciones más típicas de la especie humana: las de convivencia, trato y amistad.

Podríamos decir que una persona se diferencia de los miembros de otras especies porque *conversa*, es decir, porque se relaciona con los otros miembros de su especie mediante interacciones verbales orales. La conversación hace posible el trabajo cooperativo —manual o intelectual— y es algo así como el motor y el aceite que permite poner en marcha y engrasar las relaciones sociales. Dos personas, aunque no se conozcan, si se encuentran cerca una de la otra en un recinto cerrado no tardarán mucho en ponerse a conversar (pensemos en los ascensores, en los trenes, en las salas de espera de los consultorios médicos...).

Curiosamente, hasta hace relativamente poco tiempo no ha habido un interés claro en el estudio de la conversación. Una de las razones de este vacío es, claramente, de tipo técnico. De hecho, la existencia de aparatos que graben el habla con cierta fidelidad y que sean fácilmente manejables es reciente. Pero también hay otra razón importante: el prestigio social de la escritura (J. Tusón, 1996); y no sólo social, porque también los especialistas en el estudio de las lenguas, tradicionalmente, se han basado en la lengua escrita. *Verba volant, scripta manent* (las palabras vuelan, lo escrito permanece): este pensamiento sigue formando parte de nuestra «ideología lingüística» y está en la base de la diferente valoración que adjudicamos a los usos orales y a los usos escritos. Lo oral es efímero, inaprehensible, y parece que, por lo tanto, no se puede constituir en objeto

de estudio; mientras que lo escrito está ahí, como un producto acabado, a disposición de quien quiera investigarlo (Calsamiglia, 1991).

Sin embargo, actualmente, la conversación se ha convertido en centro de atención desde diversas perspectivas científicas. Diferentes corrientes de la psicología, la antropología, la sociología, la ciencia cognitiva, la filosofía y la lingüística han visto en el uso cotidiano de la lengua un objeto de estudio de pleno derecho, ineludible si se quiere entender cómo funcionan las personas tanto desde un punto de vista individual como desde un punto de vista social o cultural. Disciplinas (o, si se quiere, subdisciplinas) como la etnografía de la comunicación, la sociolingüística de la interacción, la etnometodología, el análisis del discurso, la lingüística textual o la pragmática —a las que nos referiremos más adelante— comparten ese interés por las interacciones verbales habituales si bien, como es lógico, cada una aporta una orientación particular, una metodología y una concepción teórica específica.

En un terreno tan joven no resulta extraño que existan todavía problemas de terminología y, en algunos casos, de definición o de unificación conceptual. Antes de pasar adelante, creo necesario detenerme un momento en el comentario de dos «etiquetas» que se usan de formas diferentes y que pueden llevar a cierta confusión. Me refiero a los términos «análisis de la conversación» y «conversación».

«Análisis de la conversación» se usa dentro del terreno que nos ocupa de dos maneras diferentes. Por una parte, en un sentido muy restringido, se usa para designar una determinada corriente dentro de la sociología, la etnometodología, que se interesa por el estudio de las interacciones y, especialmente, de las interacciones verbales cotidianas u ordinarias. A los seguidores o practicantes de esta corriente se les conoce como etnometodólogos o, simplemente, conversacionalistas. Por otra parte, en sentido más amplio, análisis de la conversación se usa para denominar

la actividad que realiza quien estudia las conversaciones o las interacciones verbales orales. En este libro, que pretende presentar las diferentes aportaciones dentro de este campo, se usará el término de forma genérica, a no ser que se especifique lo contrario.

El problema que plantea el término «conversación» es algo más complejo. Unas veces se utiliza en un sentido genérico, que recubre cualquier tipo de interacción oral, mientras que otras veces se usa de forma restringida como sinónimo de conversación espontánea, no planificada, distinguiéndolo de otros tipos de interacciones orales como pueden ser la entrevista, el debate, etcétera. Quienes defienden el primer uso — el genérico— se basan en que la conversación es la forma prototípica de la interacción verbal, y postulan que el resto no son sino derivados de esta forma primera y común a toda la especie humana; en este caso, es habitual establecer la distinción entre conversaciones informales u ordinarias (las espontáneas, no planificadas, etc.) y conversaciones formales (entrevistas, debates, reuniones de trabajo, etc.). Quienes mantienen la segunda posición —más restringida— se basan en que cualquier hablante sabe distinguir entre lo que es una conversación y lo que es «otra cosa», ya que existen características que las diferencian, y en que la lengua tiene incluso etiquetas específicas para esas otras interacciones verbales (por ejemplo, interrogatorio, debate, mesa redonda, examen oral, confesión, tertulia, etc.). De todas formas, igual que ocurre en la mayoría de los campos semánticos que se refieren a hechos u objetos de la vida cotidiana, las fronteras no siempre son muy claras.

Este libro trata de la conversación, entendida como una actividad humana básica, como «una actividad verbal oral de carácter interactivo organizada (o estructurada) en turnos de palabra» (Cots *et al.*, 1989). Quien lea estas páginas seguro que tiene la costumbre de usar el código escrito (escribiendo y leyendo) y, por ese motivo, el primer capítulo

está dedicado a presentar, de una manera general, las características del uso oral de la lengua, tomando como punto de referencia o de contraste la otra modalidad en que — en las sociedades que usan el código escrito— se manifiesta el lenguaje: la escritura.

El segundo capítulo está dedicado al análisis de la transcripción de un diálogo muy breve. A partir de este ejercicio se plantearán algunos de los elementos que hay que tener en cuenta cuando se estudia la conversación. Los capítulos tercero y cuarto constituyen el meollo del libro. En el tercero se presentan los conceptos fundamentales que se han de manejar para entender los factores cognitivos, socioculturales y lingüísticos que intervienen en cualquier interacción verbal oral y, especialmente, en las conversaciones espontáneas. En el cuarto se presta una atención especial a los aspectos estructurales de las conversaciones que permiten, no sin dificultad, poder secuenciarlas con fines analíticos. El capítulo quinto plantea los problemas de tipología de las interacciones verbales orales, a partir del contraste entre la conversación espontánea, de la manera en que la caracterizan los etnometodólogos, y otras interacciones tales como la entrevista, el debate o la tertulia, entre otros. El capítulo sexto está dedicado a presentar cómo el estudio de las interacciones verbales orales puede aportar mucha luz sobre el funcionamiento social y cultural. Se plantean aquí las diferencias existentes entre diferentes grupos socioculturales respecto a las convenciones y estrategias comunicativas, que son síntoma y a la vez parte integrante de la realidad sociocultural. En el capítulo séptimo se presentan las técnicas para la recogida de datos y para su tratamiento analítico y se pone en práctica todo lo dicho anteriormente analizando dos conversaciones espontáneas. Finalmente, en el capítulo dedicado a las «perspectivas de futuro», se intenta recapitular lo esencial y plantear los interesantes caminos que se abren a partir del estudio de las interacciones verbales orales.

CAPÍTULO 1

«HABLA COMO UN LIBRO» / «ESCRIBE COMO
HABLA». ¿ES ESO POSIBLE?

Al ser el uso lingüístico patrimonio común de todas las personas, la gente tiene ideas, opiniones y creencias sobre lo que es hablar y lo que es escribir. El título de este capítulo se refiere a dos de esas creencias. Por una parte, mucha gente considera que hablar *bien* consiste en acercarse lo máximo posible a la modalidad escrita; de ahí el dicho *Habla como un libro (abierto)*. Esta postura está muy extendida e incluso es promovida por ciertos académicos y educadores que consideran que el uso oral espontáneo está lleno de «vicios», «desviaciones» o «errores». Por otra parte, mucha gente piensa que escribir con *claridad* y sin amaneramiento consiste en acercarse lo máximo posible a la modalidad oral. Valoran esas personas la expresión llana y sencilla como algo típico de la palabra *dicha*, a la que ponen como modelo para la escritura; de ahí la expresión *Escribe como habla*. Tanto una posición como la otra, por muy respetables que puedan ser, no representan más que una vana ilusión. Ni se puede escribir como se habla ni se puede hablar como se escribe. Y si bien no se puede discutir que ambas modalidades tienen en común un mismo sistema lingüístico, la manera como se producen y como se manifiestan son diferentes, y lo mismo ocurre con las funciones que cumplen (Perera, 1984; Cassany, 1989; Calsamiglia, 1991). A la presentación de esas diferencias y a la caracterización de ambas modalidades, con especial énfasis en la oral, vamos a dedicar las próximas páginas.

1.1. Hablar y escribir en el individuo y en la especie humana

Quienes usamos de forma habitual el código escrito (para leer, estudiar, hacer resúmenes o informes, tomar notas, etc.) tendemos a considerar que sería imposible vivir en un mundo en el que no existiera la escritura, tenemos una imagen «grafocéntrica» de la vida. Para tratar de evitar, o de poner en su lugar, ese grafocentrismo, propongo que echemos una rápida mirada hacia el lugar que han ocupado el habla y la escritura en la historia de la especie humana y el que ocupan en la historia individual de las personas.

Se considera que la especie humana «habla» desde hace más o menos un millón de años (De Mauro, 1980), o, si se quiere poner en términos de generaciones, han pasado 50.000 generaciones (Halliday, 1985) desde que la especie humana empezó a hablar. La escritura (logográfica) aparece hacia el año 3300 antes de nuestra era en Mesopotamia (J. Tusón, 1996) y el primer alfabeto data del segundo milenio antes de nuestra era. Así pues, podemos decir que la humanidad, durante un 99,5 % de su historia, únicamente ha utilizado la modalidad *oral* del lenguaje (Halliday, *ibidem*).

Por otro lado, es fundamental tener en cuenta que en todas las culturas existe la modalidad oral de la lengua, mientras que no todas las culturas poseen un código escrito (un caso especial lo constituyen las llamadas «lenguas muertas», que únicamente «sobreviven» gracias al código escrito, código que, por otra parte, es inimaginable sin los usos orales que en su momento hicieron posible una escritura). Hasta la aparición de la imprenta en el siglo xv, sólo una pequeñísima minoría utilizaba la escritura, y hace veinte años un 40 % de la población mundial era analfabeta, porcentaje al que hay que añadir un 25 % más que apenas dominaba el código escrito o que prácticamente no lo usaba (De Mauro, 1980). Además, actualmente, existen centenares de lenguas que no tienen un sistema de escritura pero

que, lógicamente, son usadas por sus hablantes para hacer —hablando— todo aquello que necesitan y que exige el uso de la palabra.

Respecto a la historia individual, todos sabemos que cualquier persona, si no tiene una deficiencia física o psíquica que se lo impida, aprende a hablar durante los primeros años de su vida por el simple hecho de vivir rodeada de gente que habla. De hecho, si a los cinco años una persona no habla, eso se considera un síntoma de algún problema físico o psíquico. Pasada esa edad resulta extremadamente difícil —casi imposible— aprender a hablar. Una triste prueba de lo que estamos diciendo son los casos de los llamados «niños lobo», niños que han sido abandonados en el bosque o en la selva, que han sobrevivido entre animales y que han sido encontrados al cabo de unos cuantos años. Esas personas no hablan, resulta muy difícil que aprendan y nunca llegan a hablar como lo haría otra persona que hubiera crecido en un grupo humano (recordemos, sobre este tema, la bella película de Truffau *L'enfant sauvage*).

La escritura, por su parte, es un código que *no* se aprende de forma espontánea, sino que requiere un aprendizaje formal. Incluso existe una institución social —la Escuela— que tiene como uno de sus objetivos primeros la enseñanza y el aprendizaje del código escrito (la lectura y la escritura). Y no todo el mundo lee y escribe (sobre todo no todo el mundo escribe). Si miramos a nuestro alrededor con un poco de atención, descubriremos a bastantes personas que pueden pasar días y días sin escribir y leyendo muy poco.

1.2. Hablar y escribir. Algunas diferencias importantes

Vamos a tomar como puntos de referencia la conversación ordinaria, de un lado, y la prosa expositiva, de otro, como las manifestaciones más habituales y típicas, respectivamente, de la oralidad y de la escritura.

HABLAR

La conversación cara a cara siempre tiene lugar en un tiempo y en un espacio determinados, que son comunes a las personas que hablan, quienes, a su vez, para poder comunicarse tienen que compartir un cierto conjunto de sus conocimientos. Esas personas (a quienes podemos llamar hablantes, interlocutores, actores, conversadores o participantes) presentan en esa situación unas características específicas (físicas, socioculturales, psicológicas, lingüísticas, etc.). Los interlocutores tienen que actuar de manera coordinada en diferentes niveles. Puesto que el habla consiste en una serie de sonidos emitidos en una secuencia temporal, la producción sonora tiene que tener un ritmo que haga posible la percepción auditiva. Se han realizado estudios que demuestran que somos capaces tanto de producir como de percibir un promedio de 150 palabras por minuto. Quien está haciendo uso de la palabra tiene que asegurarse de que lo que está diciendo es oído y entendido por su audiencia; para ello ha de prestar atención a sus gestos, a sus vocalizaciones y tendrá que repetir o parafrasear lo que está diciendo si ve que no le entienden. A su vez quien escucha tiene que emitir señales que vayan guiando a quien habla e, incluso, puede pedir que vaya más despacio o que repita lo que ha dicho. Al hablar no se puede tachar y volver a empezar, la única manera de «corregir» es seguir hablando (todos tenemos la experiencia de alguna ocasión en la que hubiéramos agradecido mucho poder «borrar» lo que acabábamos de decir). En el uso oral de la lengua es